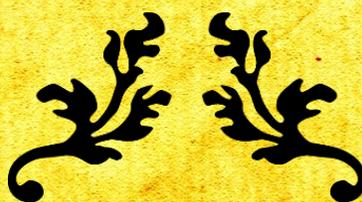


II Sección Dos cuentos medievales y uno de la época moderna



El asesino de los brebajes

Gerlynn Mora Segura, Universidad de Costa Rica



Mora.gemora@gmail.com



Recibido: 24 de agosto de 2015

Aceptado 30 de setiembre de 2015

Resumen

Se espera brindar una perspectiva holística de la vida de un funcionario de la corte francesa entremezclando aspectos ficticios y reales en la época moderna de Luis XIV, específicamente entre los años de 1679-1680 en el marco del caso de los venenos en Francia, ya que es entre estos años que se juzgaría a importantes miembros de la corte por este caso.

Se elige a un miembro de la corte francesa, por su importancia dentro de la esfera diplomática de antaño, por la connotación moral y política que tendría dicho personaje dentro del mundo que engloba la figura del Rey.

Buscando esgrimir conclusiones que evidencien las diferencias entre clases sociales, contextos socio-políticos, creencias religiosas, entre otras que lo largo del desarrollo de esta exposición se pueden denotar de manera clara.

Palabras clave.

Caso de los venenos, clases sociales, contexto socio-político, época moderna, Luis XIV.

Abstract.

It is expected to provide a holistic view of the life of a member of the French Court intersperse real and fictitious aspects in the Modern Age of Louis XIV, specifically between the years of 1679 to 1680 under the *case of poisons* in France, and it is between these years would be judged important members of the court for this case.

A member of the French court is chosen for their importance in the diplomatic sphere in the past, by the moral and political connotations of this personage in the world which includes the figure of the King.

Looking wield findings that demonstrate the differences between social classes, socio-political context, religious beliefs, among others throughout the development of this exhibition can be clearly denoted contexts.

Keywords

Case of poisons, Louis XIV, Modern Age, social classes, socio-political context.



La siguiente exposición se contextualiza dentro de lo que se denomina como el siglo de Luis XIV, específicamente entre los años de 1679-1680, en el marco del *caso de los venenos*¹ en Francia. Este período involucró importantes personalidades de la corte del francés Luis XIV, incluida su tan querida amante, la marquesa de Montespan. La fuente primaria que la relata los eventos acaecidos durante este lapso se encuentra en Voltaire y adicionalmente existen autores como Mitford y Maurois que se refieren al tema en cuestión.

El caso de los venenos estalla cuando muere la *madame* Enriqueta, quien se presume fuera envenenada con polvo de diamante o con un vaso de agua de achicoria. Al ser una mujer de 26 años que muere en 1670 las sospechas de que su muerte fue planeada aumentan y más aún cuando se da la muerte del jefe de la policía de París llamado Daubray, quien fue envenenado por su esposa.²

Se escoge específicamente el período de 1679-1680, ya que es en el año de 1680 que se juzgaría por este escándalo a importantes personalidades de la corte como la condesa de Soissons por el asesinato de su marido, la duquesa de Bouillon por envenenar a un lacayo que sabía de sus amoríos, la marquesa de d'Alluye por envenenar a su suegro, la princesa de Tingry (una de las damas de la reina), quien se creía que había envenenado a su hijo recién

¹ Voltaire, *El Siglo de Lui XIV*, (Barcelona: S.L. Fondo de Cultura Económica de España, 1954), 207, disponible en: http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/V/Voltaire%20-%20El%20Siglo%20de%20Luis%20XIV.pdf

² Nancy Mitford, *El Rey Sol*, (Barcelona: Editorial Noguer, 1966) ,83.



nacido, el mariscal de Luxemburgo y otras personas de esta misma clase.³ Se elige como personaje a un miembro de la corte francesa que participó en este juicio, principalmente por su importancia dentro de la esfera política de antaño y por la connotación moral y política que tendría dicho personaje dentro del mundo que engloba la figura de Luis XIV.

Por su parte, en lo referente al espacio físico se opta por la ciudad de París en alternancia con Versalles, contrastando los ambientes entre los mundos de la pompa de la nobleza que imperaba en la corte de Luis XIV, específicamente en el palacio de Versalles y los bulevares y callejuelas sucias del París de siglo XVII.

El objetivo de esta carta es dar una perspectiva holística de la vida de un funcionario de la corte francesa en la época moderna de Luis XIV, abordando aspectos de la cotidianidad como sus creencias religiosas, sus relaciones personales con otros miembros de su entorno y las diferentes estratificaciones sociales contrastando ambientes, sus hábitos alimenticios, su percepción de la vida, entre otros aspectos relevantes que se tengan a bien incluir en esta exposición.

Para lograr cumplir con este objetivo se realizará una revisión bibliográfica amplia, que abarca fuentes tanto físicas como electrónicas, con el fin de poder comparar y contrastar entre los autores las evidencias de la vida en una época lejana a la actual. Se utilizará para este análisis el género literario de narrativa y se realizará una combinación entre el cuento y la crónica. La historia será presentada en forma de carta, esto con el fin de presentar de manera atractiva al lector los hechos históricos, culturales, políticos y sociales.

³ *Ibíd.*, 88.



Setiembre 12, 1680.

La Bastilla, Francia.

A quien se interese por mi historia algún día.

Año de 1680 y estos muros en los que me encuentro no cambian de un día para otro... siempre grises, siempre fríos, siempre callados, como mi alma, por lo que estar aquí es particularmente reconfortante; lejos del clamor de las pomposas fiestas que organizaba vuestro amadísimo Rey Luis XIV.

Me han contado los guardias de esta cárcel que se ha desatado una serie de audiencias en la Cámara Ardiente ⁴ donde me han juzgado a mí, puesto que no soy sólo yo el único que tenía secretos que esconder dentro de aquel palacio. Veréis que aquellas mojigatas y bellas mujeres de la condensa de Soissons, la duquesa de Bouillon, la princesa de Tingry y el poderoso y tan afamado mariscal de Luxemburgo -con quien tuve mis desacuerdos- tenían el corazón más negro y vacío que el mío...Y es que aún os recuerdo vuestras caras de perplejidad y desconcierto, sin mencionar sus cuchicheos insulsos, cuando el maldito -que Dios me perdone- del jefe de policía La Reynie⁵ entró al immaculado palacio de vuestra majestad y abruptamente irrumpió en mis aposentos alterando la paz de mi conciencia y perturbando la tranquilidad de aquel hermoso lugar.

Os seré sincero, después de haber presenciado en 1676 aquel juicio en contra de la marquesa de Brinvilliers, quien había envenenado y asesinado a su padre a lo largo de ocho meses durante los cuales tuvo el cinismo de cuidarlo abnegadamente y que tras aplicar la misma receta a sus dos hermanos procedió a intentar lo mismo con su marido, quien para su fortuna o desgracia sobrevivió gracias a la administración de un antídoto por parte de su amante, pero sin escapar a las consecuencias del veneno terminó con el estómago desecho por el efecto, el muy desventurado. No quedando su sed saciada, la marquesa de Brinvilliers

⁴ Mitford, *El Rey Sol*, 86.

⁵ *Ibíd.*, 84.



procedió a matar gente en hospitales, que la muy descarada solía visitar dulcemente para “ayudar” a los enfermos, probando en ellos varios de sus venenos.⁶ ¡Oh, aquella majestuosa arpía de quien nadie sospechara nada!

Recuerdo aquel detallado y exquisito relato de su confesión y su posterior arrepentimiento -que os diré, es lo único que no disfrute- entre sollozos y quejas. Sin embargo, mis compañeros de la corte real y yo ya habíamos tomado la decisión de torturar, decapitar y quemar a aquella infeliz. Yo personalmente me encargué de supervisar con mano de hierro y un placer morboso aquellas torturas espectaculares que habían despertado en mi interior una sed imposible de aplacar. Puedo recordar en aquella ocasión cuando mi ser se regocijaba en el olor de la carne quemada de la marquesa de Brinvilliers, que la chivata de la marquesa de Sévigné diría “así que todos la respiramos ahora.”⁷ ¡Ja!, cómo disfruté con esta ocurrencia.

Sobre todo, recuerdo las últimas palabras de aquella desgraciada de Brinvilliers al señalar que era injusto que solo ella sufriera este fin, más aún cuando la mayoría de la gente de alcurnia hacía lo mismo que ella. Claro, para desgracia de la marquesa de Brinvilliers la astucia no es algo que se venda por galones.

He de admitir que este juicio en particular, a pesar de haber presenciado muchos otros procesos a lo largo de mi carrera, causó en mí un efecto siniestro, como os dije anteriormente, una sed en mi bestia interior afloró. No es que jamás hubiese sentido aquello, pero es que esta era la primera vez que no podía aplacarlo y debía necesariamente sucumbir a sus deseos.

Yo soy Emerick Beaumont el conocido y temido *Le meurtrier de la concoctions*⁸ y esta es mi historia...

Para empezar os diré que no quiero cansaros con absurdos e ínfimos detalles de mi infancia, donde le otorgué las glorias de mis siniestras cualidades a alguien más, por lo cual sólo os diré lo único que necesitáis saber de mi infancia y es el hecho de que toda mi vida he

⁶ Ibíd.

⁷ Ibíd.

⁸ El asesino de los brebajes.



respirado entre estos ambientes de pompa y elegancia, ya que mi portentoso padre Gedeón Beaumont, desde muy joven empezó una carrera en la corte con el padre de vuestra excelentísima majestad Luis XIV.

Desde antes de que yo pudiera caminar ya conocía las formas traslúcidas del *Palais du Louvre* y los olores nauseabundos de la ciudad de París, porque eso sí, ¡París olía feo! Le doy gracias a Dios por la sediciosa voluntad de vuestra majestad de haberse mudado al *Château de Versailles*. Sabed, que mi padre nos contaba que en sus tiempos París era una ciudad pequeña con pocos pobladores, a lo sumo unos cuatro edificios hermosos y una variedad de expatriados riquísima. Por cada esquina vosotros podréis encontrar judíos, genoveses, venecianos, portugueses, flamencos, holandeses e ingleses⁹, pero no creáis que las ciudades de esta nuestra hermosa Francia fueron siempre la maravilla que son ahora, ¡para nada!, se asemejaban más a villas que vosotros veréis allá por Loira.

A pesar de todas estas cuestiones de París, yo disfruté mucho mi niñez. Recuerdo que solía salir a calmar mi ánimo en los jardines de las Tullerías, donde cazaba liebres que solían merodear por los alrededores del Sena. Disfrutaba mucho cazándolas; la manera en que las acechaba y ellas sentían miedo, pero no podían saber a qué, nunca pudieron pronosticar el golpe de la roca que hacía retumbar sus cabezas al ser impactadas, pero lo más placentero de todo era ver cómo azoradas por el golpe entre la confusión y el sobresalto despertaban solo para llevarlas a un lapso deleitoso de agonía, donde les asestaba un golpe certero en la nariz que les otorgaba una muerte fascinantemente lenta entre espasmos y ahogos... ¡Oh, qué sensación más succulenta!

Ya veréis que cuando fui adolescente mis actividades no cambiaron demasiado, simplemente las *barrages*¹⁰ fueron más voluminosas. Comencé a cazar perros callejeros... los perros son criaturas tan dóciles e ingenuas que rápidamente me aburrí, creo que lo único que disfrutaba de los perros era desmembrarlos con cortes muy sutiles que los hacían chillar

⁹ Voltaire, "El Siglo de Luis XIV," (Barcelona: S.L. fondo de cultura económica de España, 1954), 3, disponible en: http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/V/Voltaire%20-%20El%20Siglo%20de%20Luis%20XIV.pdf

¹⁰ Presas.



mucho, por lo que antes prefería hacerles una incisión en la garganta y cortarles las cuerdas vocales para ahogar esos chillidos y de paso ver cómo se desangraban lentamente. Luego de concederles una vida mejor a esos ordinarios animales, pasé por un tiempo prolongado de inactividad debido a que mi padre decidió involucrarme de manera más directa con las labores que él desempeñaba en la corte. Esto era algo que no me desagradaba para nada, al contrario, me otorgaba un poco más de autonomía, además luego decidió contratar una institutriz para ayudarme con mi educación.¹¹

Al morir mi padre yo recién había cumplido 19 años y corría la época en que Luis XIV acababa de tomar posesión real del reino. Os diré que quizá la muerte de él fue el único hecho que realmente me ha... mmmm... ¿cómo se dice? ¿Conmovido? Pero no por esa visión romántica y *cliché* de que muriese una persona que tiene un vínculo afectivo conmigo, ¡por favor no soy tan sensibilero! La razón de ese sentimiento conmovedor, que os diré que creo que más fue fascinación que otra cosa, fue el hecho de que mi padre agonizó por semanas, en las que por supuesto, yo como un hijo afectuoso y abnegado, pasé al pie de su cama, claro jamás compartiendo su dolor. Ese germen de identificarme con algún padecimiento ajeno no es en lo absoluto para mí, no soy de esos que se puedan considerar venerables por compadecerse del suplicio ajeno, por el contrario lo disfruto con toda mi esencia.

Pues veréis, que pasé cerca de tres semanas viendo cómo la vida abandonaba lentamente el cuerpo mortecino de mi padre y os digo que hasta esa fecha fueron las tres semanas más alucinantes de las que hasta entonces había sido mi vida; y es que contemplar el lento vacilar de la respiración de mi padre, cómo su piel se tornaba cada vez más blanquecina y marchita, sus ojos lentamente se hundían más y más en sus cuencas, sus labios perdían su color y el crujir de sus huesos al unísono, ¡era un placer culposo, lo sé!

Cuando finalmente mi padre sucumbió a la fruición de la gloria eterna, mi ser había quedado embelesado ante aquella majestuosidad llamada muerte y su excelente compañera agonía. Aquel óbito no? era el primero que yo presenciara directamente, porque ya había sido parte de otra muerte. Y es que cuando yo nací despojé de la vida a mi madre, quizá de

¹¹ Mitford, *El Rey Sol*, 69.



ahí es de donde provenga mi inicua sustancia, aunque no atribuiré mi gloria a ese hecho, lo que sí os mencionaré es que el fallecimiento de mi padre avivó en mí aquella ansia siniestra que había aplacado con pequeñas *barrages*, por lo que debía progresar y buscar presas más grandes.

Veréis, mi padre viendo sus fuerzas menguadas por la senectud y los padecimientos me enseñó todos los secretos de la corte y cómo ser un funcionario real magnánimo, por lo cual vuestro Rey me permitió ser parte de su corte real y así fue como desde muy temprana edad yo ocupé importantes puestos como miembro del parlamento, del consejo, entre otros que no os diré para no parecer ególatra. Os digo que mi oficio particularmente me complacía, siempre andaba vestido espléndido con mi jubón adornado con cintas, mi casaca azul con bordadas de oro y plata, sobre ella un tahalí exquisito del cual colgaba mi espada además usaba una valona de encaje y un sombrero adornado con dos hileras de plumas que me hacía ver tan distinguido de los demás como lo era.¹² Tenía mucha independencia y gozaba, por la relación de mi padre con la familia de vuestro amadísimo Rey, de una confianza especial que me proporcionaba ciertos privilegios además de los que tenía por ocupar semejantes cargos y por lo tanto mis salidas nocturnas del *Château* no levantaron sospechas.

Os contaré un poco de mi vida diaria dentro del *Château de Versailles*. Usualmente la vida entre aquellos muros era entretenidísima con el vaivén de las amantes del Rey. Aunque todos nosotros nos hiciéramos de la vista gorda, naturalmente nos percatábamos de las bondades de su amplio corazón y es que bueno, hubiese sido ciego quien no viese en la esposa del Rey, la reina María Teresa de Austria, a una mujer carente de toda belleza y elegancia. Debéis de ser sinceros y admitir que aquella vuestra reina es una mujer bien distante de la mano de vuestro Dios, por lo cual no resulta extraño que nuestro amado Rey se refugiase en los cálidos brazos de sus concubinas como la *madame* de La Vallière, la *madame* de Maintenon, *mademoiselle* de Fontange y *madame* de Montespan¹³-que son las que recuerdo más inmediatamente, pero la lista continúa - confesaré que no sólo el Rey tenía

¹² Voltaire, *El siglo de Luis XIV*, 197.

¹³ *Ibíd.*, 201.



sus amantes, ¡para nada! Mis congéneres, entre los que destacaban el famoso y pedante secretario de Estado Louvois y bastantes más, también tenían sus amoríos.

¡No, es que si los pasadizos secretos del *Château de Versailles* hablaran, a más de uno de esos puritanos se les caerían sus caretas de pudibundez! Francamente el único que no tenía esos deslices de amor era esta ilustre persona, que hoy os cuenta sus días. Además de estos cotilleos que hacían las delicias de los sirvientes del palacio, os diré que en toda Francia no había lugar mejor para vivir que aquel mi hermoso *Versailles*, en donde durante varios meses al año teníamos celebraciones de larga duración y unos espectáculos fenomenales, ¡ay! Y ni para que mencionarles el fabuloso *carrousel* del que yo era parte, os contaré un poquitín sobre el *carrousel*, mas no todo ya que aquella fiesta fue de más de siete días.

Se trataba de un desfile de juegos de caballerías enorme de la corte, en el cual hubo heraldos de armas, pajes y escuderos. En esta ocasión vuestro amadísimo Rey representaba a Rogelio montado en su caballo, mientras las reinas y sus damas presenciaban aquel espectáculo, también se representaron las cuatro Edades (oro, plata, bronce e hierro), los signos celestes, las estaciones, las horas... ¡todo estaba caracterizado! Y había una música espectacular de gaitas y violines; pero lo mejor vendría en la noche cuando cerca de cuatro mil antorchas iluminaban nuestro espacio y se sirvieron las mesas para los representantes de las estaciones, los faunos, los silvanos, las dríadas, con pastores, vendimiadores, segadores...en las que se ofrecieron lo más exquisitos productos del campo y los bosques.¹⁴

¡Qué ironía! Pensar que yo pasé de comer de *la cuisine du roi* donde consumía hortalizas como la coliflor, los espárragos, los guisantes, el pepinillo ¡mmmm! o la alcachofa, sopas deliciosas, faisán, jamón, codorniz y mis favoritas las ensaladas¹⁵... ¡Hasta helados comía! A esto... ¡pan y agua! en este calabozo. Y es que cómo cambia la vida, por mi Dios, yo pasé de vestirme bien día con día de andar perfumadito y aseado todos los días, porque eso sí, vosotros debéis saber que yo era un hombre pulcro, no este despojo que hoy os escribe,

¹⁴ *Ibíd.*, 195.

¹⁵ Barbara Ketcham, *Savoring the past: The french kitchen and table from 1300 to 1789* (New York: Touchstone:1996),135-136, disponible en: https://books.google.co.cr/books?id=OTzZT_3DQTcC&hl=es&source=gbs_navlinks_s



pero me excusaré diciendo que todo es culpa de este mal servicio de calabozo. Ja ja ja *mon Dieu servitude ici est terrible!*¹⁶ Ja ja ja.ja

Bueno, pero es que ya os he contextualizado mi vida, pero no os he dicho por qué es que me encuentro aquí apresado...

Cierto día en el que nuestro magnánimo Rey decidió ofrecer una de aquellas despampanantes bacanales, yo me encontraba algo indispuerto para presentarme ante su majestad -además de que no disfrutaba cuando al Rey le daba por vestirse con ramitas y salir todo barbilindo, por Dios nuestro Señor ¡qué espectáculo más bochornoso!- por lo que decidí no asistir y salir por la noche a París -sí, sé que os dije que París era feo, pero tenía ganas de conocer como vivía la plebe- por lo que tomé mi caballo y salí rumbo a París.

París seguía tal cual como yo lo detestaba, sucio y maloliente, pero aún más degenerado con prostitutas en los burdeles,¹⁷ ebrios en las tabernas, establecimientos de adivinación solapados... sí, todo tal cual aborrecía. Caminando por las callejuelas algo llamó mi atención: era una *barrage*. Caminaba sola a esas horas, no sé por qué, pero me pareció una cosa fascinante acecharla y así lo hice a lo largo de cuatro callejuelas, sabía que su corazón se aceleraba como el de las liebres al sentir que algo la velaba sin vacilación; de pronto entre la quinta callejuela surgió una sombra y de un zarpazo la tomó, pero ¡qué osadía! ¡Aquella presa era mía!

De la nada la presa comenzó a sollozar y los gritos histéricos colmaron el ambiente, era perturbador, hasta para mí; por lo cual acudí a ver qué sucedía, lo que encontré fue un cuadro bastante obscuro. Una bestia desnuda de la cintura hacia abajo que sujetaba fuertemente a mi presa de sus brazos con una mano, mientras con la otra le arrancaba sus ropas- ¡Maldita escoria roba presas! ¡Cómo osáis manchar mi botín con tus garras asquerosas!- saqué mi espada y de un solo tirón corte la yugular de aquel vil pillo; que os

¹⁶ ¡Mi dios el servicio aquí es terrible!

¹⁷ Se estima que en París habían cerca de 13000 prostitutas para el siglo XVII. André Morali-Daninos, *Historia de las relaciones sexuales ¿Qué sé?* (México D.F.: Publicaciones Cruz o.,S.A.:1992), 39, disponible en: <https://books.google.co.cr/books?id=jyXYlymfX9AC&pg=PA39&dq=prostitucion+en+francia+siglo+XVII&hl=es&sa=X&ei=OKxwVe3BLNGMsQSOooGYAQ&ved=0CCwQ6AEwAw#v=onepage&q=prostitucion%20en%20francia%20siglo%20XVII&f=false>



diré el baño de sangre que siguió aquella acción fue estupendo, aquel infeliz trataba de hablar y no podía gesticular ningún improperio contra mí, la sangre brotaba por todos lados y su boca era un abismo profundo y humeante de rojo vivo, sus ojos casi salidos de sus orbitas me contemplaban con horror y lentamente murió... Esa fue la primera vez que asesiné a alguien (es decir consciente... mi madre no cuenta) también era la primera vez que sentía esto dentro de mí, una sensación tan insólita y vigorosa, a la cual no estaba dispuesto a renunciar ¡jamás!.

Luego de ajusticiar a aquel infeliz me quité mi casaca y se la di a mi presa y como todo un caballero que soy, me ofrecí a acompañarla a su morada. Cuando llegamos a casucha bastante particular me ofreció pasar y acepté, me ofreció un poco de vino y me agradeció de manera muy efusiva que la rescatase de aquel salvaje. Observando aquel particular lugar me di cuenta de inmediato de que aquella *barrage* era una adivina y su casa era un establecimiento de “*Les Amours*” donde llegaban todo tipo de mujeres por diferentes razones, ya fuera a buscar pócimas de amor y brebajes para retener a sus infieles e insulsos maridos o a que les dijeran su horóscopo, sus suertes y otras cosas más. Aquel lugar no me conmocionó, sin embargo lo que sí hice fue ver a mi presa completamente serena, como si el incidente de hacía un momento no significara nada para ella; esto me llenó de regocijo ya que era como encontrar a mi alma gemela, os aclaro no románticamente, sino en la forma siniestra de nuestro ser. Continué en su casa en lo que ella cambiaba sus ropas de gitana bañadas de la succulenta sangre del infeliz. Aquella mujer era bastante bella, ciertamente su cuerpo era bastante deseable no por nada la escogí como mi presa.

Sin embargo, sucedió algo que no pude anticipar, una sensación distinta en mi interior asomó algo que jamás había experimentado, mi cuerpo se caldeó por completo, a pesar de ser una noche gélida, mi entrepierna rápidamente se abultó, mi cabeza se nubló y solo podía pensar en las líneas curvas del cuerpo de aquella mujer, que se colaban entre la maltrecha puerta que me separaba de sus aposentos. Hechizado por el calor imperante de mi cuerpo y el olor a sangre de aquel infeliz que emanaba su piel, me dirigí a su habitación, abrí la puerta y de manera muy airada la tomé con fuerza... no necesitáis saber más de lo que a continuación os diré, aquella mujer se entregó a mí por completo, soportando mis gustos



particularmente bizarros de azotes y satisfacción, no hubo lugar de aquel aposento por el que no la hiciese mía y yací en ella. *Cette gitane! Ce soir-là était ma chute.*¹⁸

Os contaré un poco más de aquella mujer que tanto aportará a mi historia. Su nombre es Joséphine D'aramitz, una mujer joven de origen gitano de las afueras de París, bastante afamada dentro de su gremio, particularmente buena en la lectura de la mano y la composición de brebajes de amor, su carácter resultó particularmente dócil para el mío que era dominante. Debéis saber que aquella noche fue la única en la que la hice mía, sólo una única vez la tomé... ¡y vaya que lo hice! ¡Uffsss! Creo que eso bastó para que su devoción hacia mí creciera como la espuma del mar, después de todo yo había sido el primer hombre en su vida. Nuestra relación nunca estuvo basada en placeres sexuales sino en los esenciales, su naturaleza inicu y mi sustancia malévola compaginaban perfectamente; juntos formábamos una dupla perfecta.

Veréis, comencé a intensificar mis salidas nocturnas del *Château* para frecuentar a Joséphine, así poco a poco comprendí el funcionamiento de su establecimiento y observé atentamente el movimiento de este y os diré que tanto hombres como mujeres lo frecuentaban, pero las damas aventajaban por mucho a los caballeros, quizá sería por su naturaleza histérica y recelosa y su falta de quehacer que se les colmaba el seso de idioteces, para creer en aquellas cosas. Mis pláticas con Joséphine resultaban particularmente interesantes, por horas la escuchaba hablar sobre sus supersticiones acerca del orden del universo y la geometría perfecta del número siete, también era habitual escucharla recordar aquella noche en que nos conocimos, su pasión por la manera en la que acabé con aquel maldito, hacía que mi mente maquinara pérfidos proyectos para realizar con Joséphine.

Cierto día le propuse a Joséphine "*mon plan de maître*"¹⁹ que consistía en utilizar su establecimiento de "*Les Amours*" para conseguir nuestras presas que en total serían siete mujeres que completaran el ciclo perfecto del número, luego haríamos una especie de silo en la parte trasera de su casucha –cómo odiaba Joséphine que le dijera así a su vivienda, si es que así se podría llamar jajajaja- donde tendríamos una mesa del tamaño de una persona con

¹⁸ ¡Esta gitana! esa noche fue mi perdición.

¹⁹ Mi plan maestro.



grilletes y cuerdas, múltiples instrumentos de tortura y carnicería, entre otras cosas que posteriormente se nos ocurriesen para nuestras diversiones. El propósito del silo era tener un lugar para llevar nuestros *jouets*²⁰ y entretenerlos un rato y luego deshacernos de ellos, como los despojos que siempre fueron. Joséphine aceptó sin alguna objeción, incluso la idea le excitaba y le causaba una fascinación increíblemente cautivante.

Sin más vacilación en mi próxima visita, le di a Joséphine el dinero necesario para contratar a un carpintero y un ebanista, comprar materiales para que se lograsen nuestros pérfidos ideales; ¡qué paradójico! Pensar que mientras el pueblo se sumía en la estrechez económica, a pesar de las eficientes políticas económicas que llevara acabo Colbert²¹ -quien me pareciera uno de los pocos funcionarios realmente competentes de su majestad, podéis ver que hasta bien me caía el modosito aquel- yo estaba construyendo una maravillosa sala reservada para mis virtuosas tareas.

Al cabo de dos meses nuestro *Salon de l'horreur* estaba listo, Joséphine leía mi mente como si tuviera poderes de clarividencia, es que si vosotros hubieseis visto aquel magnánimo silo... era la materialización de mis sueños ¡Jamás había sido más feliz hasta ese momento! Os describiré un poco de como lucia *mon rêve*²² era un cuarto amplio con paredes de cedro revestidas en terciopelo rojo, con una techumbre elevada del cual colgaban una especie de garfios, en el centro del aposento se encontraba mi hermosa mesa de tortura de caoba bellamente labrada con sus cuatro patas engargoladas y adornados de incrustaciones de bronce, aquellos fuertes grilletes tal cual los solicité ¡Por Dios nuestro Señor y la Santísima Virgen, esa mesa era la fantasía de toda mi vida! En las paredes colgaba todo un arsenal de instrumentos de dolor como cuchillos, ganzúas, limas, palos de diferentes grosores, fustas de cuero con puntas de acero, látigos, cuerdas de diferentes grosores, tijeras, navajas, espadas, bisturís, entre otras cosas que nos pareciera interesante a nuestros propósitos. Aquello provocó en Joséphine y en mí, una sed interior imposible de soportar por lo acordamos

²⁰Juguetes.

²¹ Francis Ludwig Carsten, *Historia del mundo moderno: V-La supremacía de Francia (1648-1688)*, (Barcelona: Editorial Ramón Sopena S.A., 1976), 21-24.

²² Mi sueño.



empezar al siguiente día nuestro juego macabro, pero definimos unas nuevas reglas: todas vuestras *barrages* serían mujeres de nombres distintos, escogidas en orden alfabético, siete serían, una cada dos meses para no levantar sospechas.

Y así es como en 1679 una noche fría de invierno esta necrología inicia, cuando el Rey se encontraba oficiando uno de esos enormes banquetes que usualmente auspiciaba para los visitantes de otras cortes²³, por lo cual entre aquel alboroto de gente podría salir sin levantar sospecha alguna. Nuevamente tomé mi caballo y partí hacia París con el pecho rebosante de alegría por iniciar mi faena.

Joséphine me esperaba gustosa, con su corazón colmado de alegría, inclusive hasta su rostro tenía un brillo distinto, sus mejillas eran un poco más rosadas que de costumbre ¡Oh qué criatura más perversa me ha enviado nuestro Dios, tal cual le suplique por años!

Joséphine me comentó que en cuestión de horas llegaría nuestra primera privilegiada, llamada Aymerick, una *barrage* de unos treinta años, que acostumbraba visitarla porque sospechaba que su esposo le era infiel con una mujerzuela -imaginaréis qué escándalo, como si medio Francia no hiciere lo mismo que aquella bestia, hasta en las más altas esferas de la sociedad, pasaba aquello- por lo que Joséphine les proporcionaba pócimas de *amour de rétention*. Si me preguntáis a mí aquello me parecía una solemne sandez, puesto que esta *barrage* llevaba meses con lo mismo y no había cambiado nada, me hubiese parecido mejor solución que le cortase el miembro a aquel infeliz. Joséphine le decía que era que probablemente otra persona le proporcionase una anti-pócima y que por eso su brebaje aún no surtía efecto en aquel desgraciado.

Cerca de tres horas después, que más parecieron tres años, llegó Aymerick, una mujer bastante bonita y sofisticada, contrario a lo yo pensaba de aquellas mujeres que visitaran el establecimiento de Joséphine. Escondido entre las sombras esperé cerca de treinta minutos, cuando Joséphine le administró un somnífero a la desdichada *barrage*, indicándole que aquel brebaje era para un apoyo de la pócima de *amour de rétention*. Al cabo de diez minutos aquella presa estaba dormida, apresurándonos Joséphine y yo a llevarla al *Salon de l'horreur*,

²³ Voltaire, *El siglo de Luis XIV*, 196-197.



la despojamos de sus ropas y la tendimos sobre la mesa con sus piernas y sus manos bien separadas, asegurándola mediante los grilletes; esperamos cerca de unos treinta minutos a que aquella afortunada despertase, aprovechamos para alistar nuestra indumentaria y colocarnos nuestros delantales. Al cabo de esos treinta minutos Aymerick despertó confundida por la somnolencia y aquí comenzó nuestro gozo.

Tomando la navaja procedí a separar el cuero de su cabello en una pequeña porción del lado izquierdo de su cabeza y se lo di a Joséphine como nuestro primer trofeo, vosotros probablemente habéis oído aquella cobarde que gritó tanto que hasta en España la habréis podido escuchar, por lo que fue necesario amordazarla. Joséphine tenía un juguete que no me había mostrado ¡Oh aquella criaturilla era tanto más siniestra que yo, por eso es que era tan insuperable! Os diré que era una especie de tornillo sin fin que servía para ajustar cuerdas, por un lapso de cinco minutos contemplé anonado cómo Joséphine tomaba con decisión una cuerda y atándola horizontalmente entre la mesa y el abdomen de la *barrage* la fue ajustando y ajustando hasta provocar la dulce ruptura de las fibras de la piel de aquella desdichada, por lo cual la cuerda cambió de crema a rojo siniestro y así como todo lo que entra debe de salir, Joséphine de un tirón procedió a sacarla; con lo que nuestra *barrage* se sumió en un maullido tan profundo que calaba los huesos ¡oh qué sonido más dulce!, entre tanto un brillo extraño afloró en los ojos de Joséphine ¡estaba esplendida!

Con el bisturí entre mis dedos aumenté la incisión que Joséphine había dejado, insertando mi mano en sus entrañas, toqué sus intestinos, ya para esto nuestra *barrage* se había desvanecido. Incesantemente Joséphine trataba de despertarla para que compartiese nuestra alegría, pero fue imposible; de igual forma su pecho ya no entonaba ningún clamor, entonces procedimos a quitarle los grilletes, a lavar su estómago para que no quedara rastro del somnífero y a bañar nuestra presa en vinagre²⁴ para evitar los malos olores y la retiramos de la mesa. Le colgamos de uno de los garfios del techo para que su sangre terminase de escurrir en un cubo que teníamos para este fin. Mientras con esponjas y baldes llenos de una

²⁴ Rafael Mandressi, "Técnicas de disección y tácticas demostrativas: instrumentos, procedimientos y orden del pensamiento en la cultura anatómica de la primera modernidad", *Historia y Grafía*, 30(2008): 175-178, disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/589/58922939008.pdf>



solución de agua y vinagre lavamos todo, dejándolo bien limpio. Luego encendimos un incienso y con toda normalidad descolgamos a Aymerick, envolviéndole en vendajes y encomendando a Dios nuestro Señor aquella alma -porque eso sí, nosotros seremos lo que queráis, pero ante todo somos muy católicos- amarrándola por los pies a su caballo y azotándole fuertemente este corrió despavorido, hacia el centro de París.

Joséphine me miró con un sin sabor en su rostro, pregunté ¿qué te pasa? Puesto que yo me sentía de la misma manera, maravillosamente Joséphine creía que aquello pudiese haber demorado más, es decir hubiésemos jugado más con nuestra presa, tal cual yo pensaba, *Joséphine est mon âme soeur!*²⁵ Por lo que convenimos que nuestra próxima presa sería nuestra reivindicación. Besando a Joséphine en la frente me marché hacia el immaculado *Château*, albergando en mi pecho un júbilo rebosante, es como si finalmente mi sustancia se encontrara saciada en su medio.

Al llegar al *Château*, gustosamente -¡claro la alegría de la noche anterior inundaba mi alma!- me dispuse a realizar mis tareas de parlamentarista, sobre aquel asunto de prohibir o como decía el Rey, extirpar el calvinismo porque no quería una nueva secta.²⁶ Cuando el malviviente de Nicolás Gabriel de La Reynie,²⁷ el jefe de la policía, entró en el palacio tenía unos asuntos que tratar con el secretario de Estado, pero veréis que yo los escuché conversando acerca del hallazgo de una mujer atada a su caballo cerca de las riberas del Sena, a la cual le faltaba un pedazo de su cabello, en ese momento sentí un estallido interior, mi obra *est magnifique!*, porque aquel hombre duro que era imposible de conmovir estaba pasmado sobre aquel hallazgo; lo que vosotros no sabéis es la larga lista que nos espera.

Pasado mes y medio del inicio de nuestra aventura volví a visitar a Joséphine, veréis que decidí reducir mis visitas a mi *âme soeur* para no ser motivo de bisbiseos que no necesitaba, así podría seguir disfrutando los placeres de los que por tanto tiempo me privé. Joséphine estaba feliz de volverme a ver, recuerdo que extasiada tomó mi mano y dirigiéndome hacia un cuartucho-*chatte*, no sabía que aquella casucha tuviera tantos

²⁵ Joséphine es mi alma gemela.

²⁶ Voltaire, *El siglo de Luis XIV*, 314.

²⁷ Mitford, *El Rey Sol*, 84.



aposentos- donde tenía sus mejunjes, aquellos con los que estafaba a la plebe inculta y a más de un idiota de clase alta, me mostró un frasco bellamente tratado con una “A” en su parte frontal, tenía un cabello que se dejaba ver a la luz de un candil y me dijo: -Emerick, esta es una primera linfa. Nuestro primer *jeu de la douleur*, nuestro trofeo. Aquello fue lo mejor que me podría haber regalado, el elixir de nuestra *soif maligne*.²⁸

Después de aquel maravilloso presente nos dispusimos a planear nuestra siguiente proeza, acordamos que con esta presa seríamos más metódicos y analíticos en lo relativo a los puntos de infligir dolor para que la *barrage* disfrutase al máximo haber caído en nuestras manos y nosotros disfrutaríamos doblemente, con la convicción firme de mejorar en la siguiente toma, salí de aquel lugar.

Mandé a hacer una hermosa caja de plata finamente trabajada para recopilar y atesorar nuestros trofeos de caza, después de todo, eso es lo que merecían aquellas *barrages*, descansar su bella sangre en un lugar hermoso como lo era nuestra cajita feliz, igual y nuestras *barrages* hasta acompañadas estarían para la eternidad. Al fin el tiempo de aplacar el anhelo llegó, esta vez no fue menester escabullirme del Rey porque se encontraba muy ocupado con sus amores.

Cuando llegué donde Joséphine puede ver que las velas que iluminaban su establecimiento estaban encendidas, lo que indicaba que alguien nos acompañaba, probablemente nuestra próxima beneficiaria. Efectivamente cuando entré sigilosamente por la parte trasera pude observar entre las sombras una mujer de cabellos de fuego, hermosísima y por sus ropas denotaba una posición social bastante buena, veréis que aquella mujer llevaba un corpiño puntiagudo, mangas abolladas, una falda drapeada de cola larga y polizón²⁹, perdonaréis que no sepa mucho de esto, esos vestidos que vosotras usáis me parecen sumamente incómodos, no os puedo imaginar con ese montón de trapos encima en un día

²⁸ Sed maligna.

²⁹ Alicia Álvarez Sellers, *Del texto a la iconografía: Aproximación al documento teatral del siglo XVII* (Valencia: Publicaciones de la Universitat de València, 2008), 74-76, disponible en: https://books.google.es/books?id=uHIDE8R_FWEC&pg=PA74&dq=moda+francesa+del+siglo+XVII&hl=es&sa=X&ei=tmZyVfjKL4GiNsOOg8AI&ved=0CDgQ6AEwBTgK#v=onepage&q=moda%20francesa%20del%20siglo%20XVII&f=false



caluroso de verano, perdonaréis pero quizá por eso es que vosotras tardáis tanto acicalándose no os imagino perfumando todo aquel trapero que usáis.

Aquella mujer estaba en el establecimiento de Joséphine buscando un artículo bastante particular, no eran las pócimas y brebajes, no, aquella mujer buscaba un artefacto que Joséphine sabía fabricar -creeréis que yo lo había visto por la casucha, pero nunca pensé que fuera para ese fin- aquella mujer buscaba aquel instrumento de forma fálica que permite reemplazarlos en las relaciones sexuales lesbianas³⁰, ya veis que la “cabellos de fuego”, ¡era fuego puro! Cuando Joséphine fue por el artefacto me miró y me señaló un frasco con un líquido transparente de olor particular, indicándome con señas que lo impregnase en este líquido y con esto dormiría, así lo hice.

Cuando Bécassine -que era el nombre de la cabellos de fuego- despertó ya se encontraba desnuda, atada con los brazos hacia atrás sobre su cabeza, pendiendo de los ganchos del techo, atada a cada uno de sus tobillos por separado se encontraba una pesa. Joséphine al contemplar aquella imagen corrió a vomitar -de seguro se estaba haciendo blanda- al poco tiempo volvió con ánimo decidido tomando una de las pesas entre sus manos haló con fuerza, hasta escuchar el crujir el hueso de su muslo desprenderse de su cadera ¡fue soberbio! Aquella desdichada dio un grito seco que rompió el silencio sepulcral de aquella noche eterna, luego comenzó a sollozar y arrepentirse de sus pecados, ¡bah! Eso me cansó por lo que le realicé dos pequeños cortes en sus muñecas para verla desangrarse lentamente y coloqué la cubeta debajo de su cuerpo. Mientras eso sucedía Joséphine se desmayó -creo que debía buscar una nueva compañera, Joséphine se estaba volviendo muy piadosa- por lo que continúe solo, aplicando el mismo procedimiento con el bisturí le separé sus cabellos de fuego de su cráneo, esta vez del lado derecho. De cuando en cuando sólo por escuchar sus huesos crujir y sus tejidos desprenderse la jalaba fuertemente de los tobillos, gritaba tanto y tan dulcemente que era tan agradable como la música de los espectáculos de nuestro benévolo Rey; mientras aún respiraba con una ganzúa la despojé de sus ojos verdes esmeralda, aquella *barrage* se movía como un pez fuera del agua. Sabéis los ojos son una cosa bien particular,

³⁰ André Morali-Daninos, *Historia de las Relaciones Sexuales*, 41.



al aplastarlos los veía muy curiosos y al cortarlos con un cuchillo parecían dos huevos duros de codorniz, qué chistoso.

Al pasar dos horas de hermosa agonía, su corazón cesó su lamento y Bécassine abandonó este mundo, qué Dios la haya perdonado, descanse en paz, Amén. Al descolgar a Bécassine sus brazos cayeron cual si fueren de trapo, su piel estaba traslúcida, las cuencas de sus ojos se secaron por completo por la ausencia de sangre, podéis creer la cubeta se rebalsó de sangre y todo el lugar olía a aquel dulce aroma. En lo que Joséphine se reponía, bañé a la infeliz en vinagre y perfumes, la envolví en vendas y le coloqué sus ropas. Cuando iba a desechar la sangre de la cubeta Joséphine se incorporó y me la arrebató y la muy boba derramó gran parte sobre ella, aunque lo disfrutásemos tanto debíamos seguir limpiando todo aquello. Al terminar me llevé el cuerpo de Bécassine y lo lancé en un callejón vacío y partí rumbo a mi morada a descansar plácidamente.

Pasados cuatro días de mi depredación, La Reynie entró como alma que lleva el diablo al palacio para reunirse con el secretario de Estado en sesión privada, estaba conmocionado porque ya eran dos mujeres que encontraban envueltas en vendas, con un pedazo menos de cuero cabelludo y claramente torturadas. La Reynie sostenía que aquello solo podía ser obra de un desquiciado que no albergase a Dios nuestro Señor en su corazón, ahí sí se equivocaron porque yo soy un hombre muy creyente y que reza todos los días y encomienda a sus presas al descanso eterno de sus almas, tal cual lo manda nuestra Santa Iglesia Católica. Sin embargo, La Reynie no estaba ese día solo para contar los hechos que habíase descubierto, su verdadero propósito era solicitar al secretario de Estado una orden general para París de apresamiento a todo aquel del cual se sospecharé para ser llevado ante la Cámara Ardiente, donde probase su inocencia o culpabilidad, a lo que el infeliz del Louvois aceptó sin vacilación alguna.

Ya veis la magnificencia que mi obra había alcanzado, llegar hasta niveles de horrorizar a un jefe de policía tan duro como la roca y provocar en él y los demás miembros de la corte estupor, al punto de hacer que una de las concubinas del Rey tuviese que vomitar



de horror y miedo. Ahora todo París temblaba horrorizada al leer *Le Mercure Galant* ³¹ ante un enemigo silencioso, que no sabían que estaba tan cerca de ellos y que tampoco sabían que esto era sólo el inicio.

Al mes de estos sucesos volví con Joséphine, se veía radiante, sus mejillas estaban rosadas, su piel carmesí lucía radiante, sus pechos parecían estar más grandes, hasta había aumentado de peso... Ese día Joséphine me recibió con otro semblante, estaba muy seria y reflexiva... Joséphine me miró fijamente y con voz parca me dijo: -He tratado mediante todo lo que sé de sacarme esto y nada ha funcionado, creo que su naturaleza es más resistente y siniestra que la nuestra, después de todo ¿por qué no lo sería? Si es la unión de nuestra sustancia. Emerick, estoy en cinta.

Por un momento mi corazón se paralizó como el de nuestras afortunadas, aquella noticia era lo único que me causó un estremecimiento corporal, ¡yo padre! ¿Cómo? Bueno por qué sí lo sé, pero ¿cómo una criatura? ¿Cómo yo podría otorgar vida? Es decir, yo más bien la robo; probablemente aquella criatura sería aún más siniestra que Joséphine y yo, después de todo es nuestra sustancia combinada, eso me parecía cautivante... Miré a Joséphine y le dije: -Bueno... así es que tendremos un heredero que probablemente sea igual o peor que nosotros... ¡que espléndido! alguien que probablemente continúe nuestro legado, alguien que haga arrodillar a Francia entera del temor que ocasionará. Dejad a nuestro heredero que crezca grande y fuerte dentro de ti, yo me ocuparé de eso.

Sacando cuentas probablemente Joséphine tendría cerca de 7 meses, pero su vientre no lucía de aquel tamaño, preocupado por el bienestar de mi pequeña *créature sinistre* me apresuré a proveerla de todo tipo de alimentos, al volver para nuestra depredación bimensual pude ver cómo su vientre sobresalía entre sus ropas. Yo sabía que este embarazo nos ayudaría a vernos más confiables, después de todo un asesino andaba suelto por París.

Después de hora y media una mujer tocó la puerta del establecimiento, nuestra *barrage* había llegado y el gozo comenzaba de nuevo, debido al estado de Joséphine esta vez

³¹ Mercure de France, "Historique", *Mercure de France*, consultado: 6 de junio de 2015, disponible en: <http://www.mercuredefrance.fr/unepage-historique-historique-1-1-0-1.html>



no haría nada más que administrar el somnífero; lo cual era fácil, aquella infeliz buscaba una pócima de amor para que su amante dejara a su esposa, Cléa jamás hubiera sospechado que ser la otra le saldría tan caro.

Al quedarse profundamente dormida por el efecto del somnífero, apresurándome até sus manos a unas argollas que Joséphine tenía en la pared del *Salon de l'horreur* y sus pies a nuestro tornillo sin fin y le di tantas vueltas como su cuerpo lo permitiese, aquella desdichada despertó por el dolor que le infringí, al verse así os alteró mucho y al intentar liberarse sus articulaciones tronaron de una forma dulcemente desgarradora que hizo que sus extremidades se desprendiesen del cuerpo y aquella cobarde gritara como gata en celo. Tomando mi fusta azoté con fuerza todo su cuerpo, viendo como se desprendía su carne cuando las puntas de acero se desmembraban y hacia brotar el rojo color; rápidamente su sangre la cubrió por completo, ya le quedaba poco tiempo a aquella afortunada por lo que tomando el bisturí y dirigiéndome a su cráneo mi sello le otorgué, en esta ocasión del lado derecho, después de esto nuestra presa pereció. Deberíais haber visto la cara de Joséphine al verme cubierto de sangre, se iluminó toda mi criaturilla malvada. Luego de limpiar todo y bañaros nuevamente, echándole la bendición y rezando por su alma de infiel pecadora, arrojé al cauce del Sena su cuerpo vendado para que al amanecer todo París se maravillase con mi obra.

¿Recordáis nuestra cajita feliz? ¡Ya se estaba llenando! Aymerick, Bécassine y Cléa se encontraban de maravilla en ella y al estúpido del jefe de policía ni por la mente le pasaba que yo fuera aquel capaz de realizar semejante maravilla de horror y sangre. Tantas veces me había visto entre los salones de vuestro *Château* y jamás se le hubiese ocurrido, que este galante funcionario real hubiese podido realizar semejante maravilla... ¡Vaya que sois bien corto, La Reynie!

Al pasar los dos meses habituales de vuestra cetrería y habiendo el jefe de policía encontrado en un callejón roída por las ratas y con mordeduras de gatos a Daphnée, nuestra cuarta favorecida, Joséphine dio a luz a nuestra *créature sinistre*, un bello niño de tez clara y ojos verdes como los propios, muy despierto para ser tan pequeño, sin ninguna malformación como pensé que vendría por la cantidad de hierbas y cosas raras que Joséphine había ingerido



para abortarle, era hermoso y perfecto como sus padres. No pensaréis que me estoy haciendo un sensiblero, pero es que aquella *créature* era mi *Chef-D'oeuvre*, mi esencia maligna concebida para continuar mi legado.

Cuatro meses después y dos *barrages* más, Eléonore y Flynn encontradas por el Louvre y las Tullerías, nuestra *créature sinistre* estaba aún más grande y disfrutaba tanto como nosotros del placer de la sangre y la gloria del dolor, recuerdo sus risas al ver a sus padres jugar con sus presas y cómo jugaba con el cubo para la sangre ¡Jean-Claude no podía estar creciendo de mejor manera! Era un niño feliz.

Las investigaciones continuaron, pero el idiota de La Reynie ni cerca estaba de vuestro rastro -o al menos eso era lo que yo creía- jamás pensé que aquel maldito -que Dios nuestro Señor todo poderoso tenga para él una muerte tortuosa- ya pisaba nuestros talones, todo por nuestra afortunada final, Gaïa Descoteaux quien era una marquesa de una familia noble, que a menudo visitaba a Joséphine para conseguir pequeñas cantidad de veneno para matar al decrepito anciano que tenía por esposo, al cual odiaba y traicionaba constantemente.

Veréis, todo comienza así, el imbécil de La Reynie habría logrado apresar a Vigoureux y Bosse³² cuando ese par de viejas brutas embriagadas comenzaron a contar sus hazañas de adivinación y venenos a un abogado, quien fuera como vieja chismosa a contarle a La Reynie. A lo que La Reynie mediante estas sospechas idearía todo un plan para atraparlas, que gracias a su efectividad también emplearía con nosotros. Ya veis que el muy presuntuoso sospechando que Joséphine tenía algo que ver con “el asesino de los brebajes” (como nos denominó *Le Mercure Galant*), ya que la soplona de Vigoureux le había dicho al jefe de policía y este nada tonto había enviado una soplona a nuestro establecimiento, la maldita de Gaïa lo era... ¡es que debí haberle rebanado el cuello en cuanto llegué a la infeliz!

Cuando Gaïa llegó a la casucha de Joséphine, yo ya me encontraba afuera en el bosque- veréis esa noche demore un poco más en llegar porque había muchos policías por París- cual fue la sorpresa que al ir Joséphine por el somnífero, irrumpió en la casucha La Reynie con siete oficiales de policía y nos atraparon... Sin embargo yo no estaba preocupado

³² Mitford, *El Rey Sol*, 86.



por aquello, después de todo cómo podrían culpar a Joséphine de ser “el asesino de los brebajes” sin pruebas, nosotros fuimos muy cuidadosos al esconder todas las pertenencias de las desdichadas a varios kilómetros de la casucha aquella. Aquellos infelices tomaron a Jean-Claude y lo llevaron a un convento entre tanto interrogaban a Joséphine.

Joséphine fue encarcelada en Vincennes³³ y a las pocas semanas la juzgaron en la Cámara Ardiente quien la condenó a ser torturada hasta que confesase, mientras tanto yo me paseaba feliz por el immaculado palacio, conseguí visitar a mi *créature sinistre* y sacarle de aquel convento y enviarle a otro en una ciudad cercana al *Château* para visitarlo más seguido, para después llevarle conmigo a mi hogar. Pero cuál fue mi sorpresa que Joséphine entre los delirios de las torturas pronunció mi nombre... -Emerick Beaumont, ajusta los más grilletes, *chatte!* diría, la desdichada en sus delirios.

Al infórmale a La Reynie -aquel hijo de mala madre, que Dios tenga para él una muerte penosa y el martirio eterno en el infierno- se apresuró a ir al palacio a arrestarme, husmeando en mis aposentos, entre mi mesa de noche encontró la cajita feliz de plata donde se encontraban Aymerick, Bécassine, Cléa, Daphnée, Eléonore y Flynn... que más prueba necesitaba el desgraciado para inculparme si ya tenía todo en bandeja de plata, mejor dicho en caja de plata.

Así fue como llegué a estos muros sombríos, veréis que rápidamente me juzgó la Cámara Ardiente, no tuve que pasar por el clásico procedimiento de someterme al interrogatorio con el procurador general, los jueces del tribunal entre ellos los indeseables Breteuil y D’Ormesson al mando de Compans me juzgaron. Me preguntaron si me arrepentía de algo... Jajajaja a lo que les contesté: -Sí, de no haber llegado a tiempo para asesinar a la infeliz soplona de Gaïa Descoteaux. Con esto todo el jurado y hasta nuestro amadísimo Rey se conmocionó, las damas gritaron y suspiraron de dolor y los caballeros pusieron cara de desazón.

³³ *Ibíd.*, 85.



Al confesar deliberadamente les ahorré el placer de la tortura, a pesar de mis múltiples súplicas (que fueron malinterpretadas por los hombres religiosos como una redención de mi parte) para someterme a ellas, aquello más que torturas hubiesen sido placeres; pero los jueces ya habían tomado una decisión y fue la quema pública de mi ser.

Al estar condenado a muerte tenía derecho a una última petición, por lo solicité ver a Joséphine, quien con mi captura y aceptación de cargos había quedado libre con la única medida de estar condenada a aislamiento en un convento el resto de su vida. Indicándole a Joséphine donde quedó nuestra *créature sinistre*, le pedí que cuidese de ella y me despedí para siempre de mi *âme soeur*. Posterior a esto llego el obispo oficial de París a darme los Santos óleos para poder irme en paz, no se molestó en preguntarme si me arrepentía de mis pecados porque era sabido, que yo era un hombre profundamente católico que tenías las cuentas claras con Dios nuestro Señor.

Sabed que mañana, 13 de setiembre de 1680 seré quemado en la hoguera, podrán quemarme en la hoguera más grande de París pero eso no les devolverá a sus hermosas *barrages* nunca jamás. Vosotros podéis creer que muerto el perro acabado la rabia, pero os garantizo que no será así. Yo me voy pero *mon seul héritage de terreur pousse uniquement, mon créature sinistre bien-aimée*.³⁴

Emerick Beaumont. Le Meurtrier Des Concoctions.



Conclusiones.

³⁴ Mi legado de terror crece solo, mi amada criatura siniestra.



En la carta de Emerick Beaumont, el asesino de los brebajes se evidencia de forma clara y jocosa cómo era la realidad de un miembro de la corte francesa para el tiempo de Luis XIV.

A través de una aproximación entretenida y graciosa se logra concatenar los aspectos históricos reales y los aspectos imaginativos que permiten exponer de manera atractiva la cotidianidad del personaje principal. Por ejemplo, puede denotarse las diferencias en clases sociales a través del vestido, es así como puede observarse en la descripción que ofrece Emerick de sus ropas al ser un importante funcionario de la corte real, en contraposición a las ropas de Joséphine que ni siquiera llegan a ser dignas de descripción, solo menciona que era una gitana. Además, puede evidenciarse a través de la descripción de los espacios físicos el contexto social en el cual se desenvuelve el personaje, por ejemplo Emerick describe la vida de pompa que imperaba en el Palacio de Versalles que se muestra de manera clara en las descripciones de las grandes fiestas oficiadas por Luis XIV, como los carruseles, en contraposición a cómo describe la casa de una persona de la plebe, como el denominaría las personas que viven fuera del palacio o en París. Esto se aprecia en la descripción de la casa de Joséphine, ya que se indica con desdén que es una casucha y deja ver que básicamente lo único bueno sería el silo que él auspiciaría en la parte trasera de la casa.

Se puede inferir según lo mostrado en la carta que los puestos de más alto rango del gobierno francés estaban ocupados por los hombres por ejemplo Colbert, Louvois entre otros, relegando a las mujeres a un papel menos que secundario y más que ausente, además de mostrarlas como seres dañinos que recurren al envenenamiento para solucionar sus problemas como se presenta en la carta con las figuras de la condesa de Soissons, la duquesa de Bouillon, la marquesa de d'Alluye, la princesa de Tingry, Aymerick, Bécassine, Cléa entre otras, ya que como se menciona el grueso de la clientela de Joséphine son mujeres de todos los estratos sociales, principalmente de los más altos estratos.

Cabe destacar la relación que Emerick tiene con Dios, que a lo largo de la carta se muestra con un tanto de altanería y subestimación, ya que resulta paradójico pensar que un asesino y torturador crea en Dios. Lo cierto es que para las exigencias de la época y los roles



que desempeñaría Emerick a lo largo de su vida, aquel aspecto era un elemento esencial, por eso su persistencia en ofrecer una oración al desechar a sus víctimas.

Según todo lo anterior, la carta puede convertirse en un elemento que dé pie a una investigación más profunda tras eliminar el carácter jocoso que está presente de manera ubicua en esta exposición.



Bibliografía

Álvarez Sellers, Alicia. *Del texto a la iconografía: Aproximación al documento teatral del siglo XVII*. Valencia: Publicaciones de la Universitat de València, 2008. Disponible en:

https://books.google.es/books?id=uHIDE8R_FWEC&pg=PA74&dq=moda+francesa+del+siglo+XVII&hl=es&sa=X&ei=tmZyVfjKL4GiNsOOg8AI&ved=0CDgQ6AEwBTgK#v=onepage&q=moda%20francesa%20del%20siglo%20XVII&f=false

Barbara Ketcham, *Savoring the past: The french kitchen and table from 1300 to 1789*. New York: Touchstone: 1996. Disponible en:



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](#) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](#). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr

https://books.google.co.cr/books?id=OTzZT_3DQTC&hl=es&source=gbs_navlinks_s

Ibarra, Eduardo. *Historia Del Mundo en la Edad Moderna*. Barcelona: Provenza, 1918.

Ludwig Carsten, Francis. *Historia del mundo moderno: V-La supremacía de Francia (1648-1688)*. Barcelona: Editorial Ramón Sopena S.A., 1976.

Mandressi, Rafael. “Técnicas de disección y tácticas demostrativas: instrumentos, procedimientos y orden del pensamiento en la cultura anatómica de la primera modernidad”. *Historia y Grafía*, 30(2008): 167-189, disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/589/58922939008.pdf>

Maurois, André. *Historia de Francia*. Barcelona: Editorial Surco, 1962.

Mercure de France. “Historique”. *Mercure de France*. Consultado: 6 de junio de 2015. Disponible en: <http://www.mercuredefrance.fr/unepage-historique-historique-1-1-0-1.html>

Mitford, Nancy. *El Rey Sol*. Barcelona: Editorial Noguer, 1966.

Morali-Daninos, André. *Historia de las relaciones sexuales ¿Qué sé?* México D.F.: Publicaciones Cruz o., S.A.:1992. Disponible en: <https://books.google.co.cr/books?id=jyXYlymfX9AC&pg=PA39&dq=prostitucion+en+francia+siglo+XVII&hl=es&sa=X&ei=OKxwVe3BLNGMsQSOooGYAQ&ved=0CCwQ6AEwAw#v=onepage&q=prostitucion%20en%20francia%20siglo%20XVII&f=false>

Peters, Edward. *Torture*. Philadelphia: University of Pennsylvania, 1996. Disponible en: <https://books.google.es/books?id=O-Y6kc3Fr-MC&pg=PA80&dq=Edward+Peters+la+tortura&hl=es&sa=X&ei=eshxVdafAcidNs2xgtAH&ved=0CCUQ6wEwAQ#v=onepage&q=Edward%20Peters%20la%20ortura&f=false>



Rimli, Eugéne-Th. *Historia Universal Ilustrada: Tomo II*. Barcelona: Vergara Editorial, 1962.

Rimli, Eugéne-Th. *Historia Universal Ilustrada: Tomo III*. Barcelona: Vergara Editorial, 1962.

Voltaire. *El Siglo de Lui XIV*. Barcelona: S.L. Fondo de Cultura Económica de España, 1954.
Disponible en:

http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/V/Voltaire%20-%20El%20Siglo%20de%20Luis%20XIV.pdf



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](#) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](#). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr